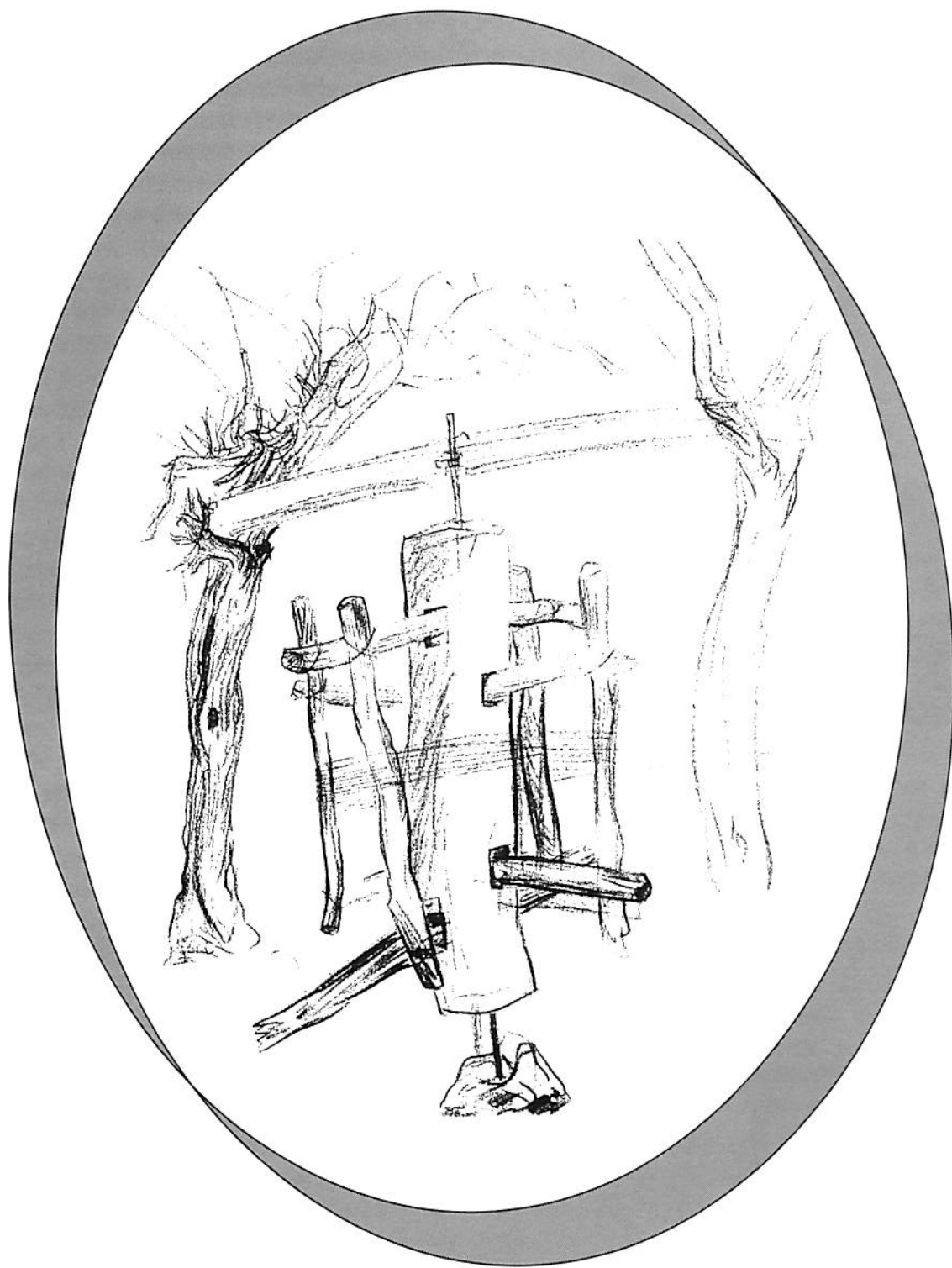




Immanuel Kant: El deber como fundamento de la moral

Mijail Malishev

No debo lanzarme como un hambriento,
sobre los deberes de Pedro y Pablo; ya se
ocuparán ellos, Pedro y Pablo, de lo que se les
incumbe[...] del mismo modo que nosotros
trabajamos, sufrimos y hacemos por ellos sin
esperar nada a cambio.

VLADIMIR JANKÉLEVITCH

En la base de ética de Kant está la *fe en el hombre*, pero una fe más elevada que la de las doctrinas, según las cuales el individuo es capaz de comportarse moralmente sólo por la conveniencia en el premio celestial o por el interés personal. Según el pensador alemán, los cálculos para conseguir el éxito o remuneración pueden seducirlo a desistir de su deber. Por eso, al inspirarse en los motivos morales y al limitar los impulsos inmorales, el hombre puede hacerse dueño de sí mismo y ser libre. Si queremos fiarnos a la moral y pensar que ésta significa algo en nuestras vidas, entonces, es necesario confiar en el hombre y tomar en consideración la eficacia de sus motivos morales. La moral, como la esfera del deber incondicional y como una posibilidad suprema, exalta al hombre a realizar retos dirigidos contra su propia naturaleza empírica. El hombre debe aspirar a este ideal-límite y no quedar satisfecho de lo que ya es.

La moral tiene la razón de ser en sí misma y, por lo tanto, no se reduce a los motivos del practicismo terrenal o celestial. Los mismos “maestros espirituales”, dice Kant, le causan daño al hombre al inventar en sus prédicas “alicientes” que

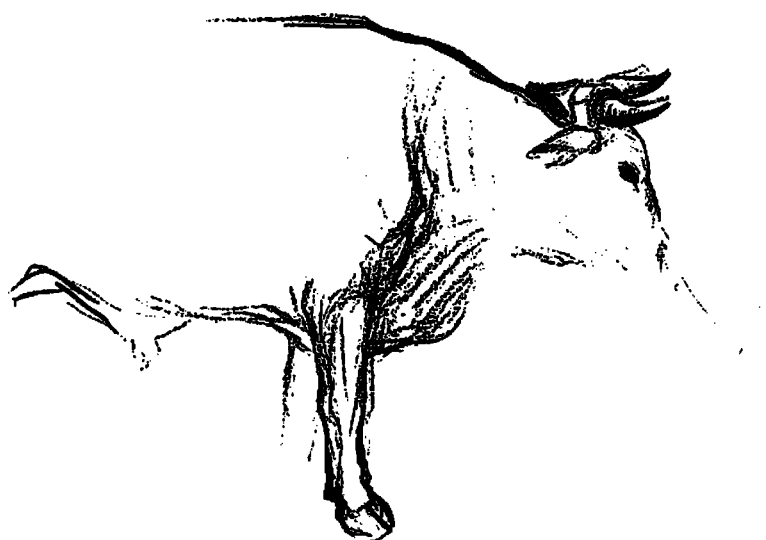


él no necesita. Frecuentemente observamos que los actos morales, independientemente de toda intención de provecho en este o en otro mundo, resultan más atractivos para nosotros que las mismas acciones cometidas en aras de nuestro interés personal. El ejemplo de tales motivos y acciones “eleva el alma y despierta el deseo de poder hacer otro tanto”. Por lo tanto, “la representación pura del deber, y en general de la ley moral sin mezcla alguna de ajenas adiciones de atractivos empíricos [...], tiene sobre el corazón humano un influjo superior a todos los demás resortes”.¹ En este cauce va la tesis kantiana de que la moralidad no es una inclinación espontánea proveniente desde dentro, sino la autosubordinación voluntaria al deber.

Kant defiende la *pureza de motivo moral*. El principio de interés, por fino y sutil que sea, introduce en la moral motivos que socavan su carácter elevado. La verdadera actitud moral del hombre consiste en ejecutar su deber, sin esperar remuneración en este o en otro mundo, sin confiar en los bienes externos o en las satisfacciones internas. Supongamos que para alguien su único interés sea la mejor opinión sobre sí mismo y, sin embargo, el motivo de esta aspiración es el amor

propio y no el deber. El verdadero sentido del deber socava nuestra presunción y pretensión a la elevada autoevaluación: la comparación de cualquiera de nuestros logros o éxitos con las exigencias del deber siempre frena nuestro orgullo. El hombre del deber nada teme tanto como hallarse en el examen interior de sí mismo como alguien despreciable y repugnante y, por lo tanto, hace todo lo posible para evitar que los impulsos innobles y corrompidos ejerzan alguna influencia en su conducta. Cuando el sujeto moral sigue su deber sin prestar atención a su interés o bienestar experimenta el autorrespeto que, según Kant, es un "análogo de la felicidad". La verdadera actitud moral no es la concordancia, sino la discordia del hombre consigo mismo, no es la autocomplacencia, sino la autocritica ante una tarea gigantesca que le está destinada. Muchas cosas en la vida son capaces de suscitar nuestra sorpresa y admiración, pero el verdadero respeto lo inspira sólo aquel que no traiciona su deber, esto es, el hombre para quien existe lo imposible: quien no hace lo que no se puede hacer y se autoelige para las acciones que son imposibles de no hacer.

Ahora es comprensible por qué Kant le otorga tal importancia al motivo del hombre en la evaluación de sus acciones. Para que la conducta sea moralmente buena no es suficiente que suceda *conformemente al deber*, sino *por el deber*. En caso contrario, esta conformidad será casual y dudosa, puesto que las razones ajenas al deber, aunque a veces pueden engendrar acciones conformes a la ley, frecuentemente llevan a una conducta contraria a las normas morales. En efecto, las acciones socialmente aceptadas pueden ser causadas por diversos motivos o intereses que no tienen nada que ver con la moral. El hombre puede obrar de conformidad con el deber guiándose por su propio interés; es lo que ocurre al comerciante que, por miedo a perder su clientela, sirve con honradez aun a los compradores inexpertos. Para que las acciones correspondan a la norma moral es necesario que el hombre se dirija, subjetivamente, por las consideraciones de su deber. El pensador alemán nos advierte sagazmente del peligro de una confianza imprudente en alguien que se comporte en conformidad con las normas sociales, pero que en su mundo interno se guíe por la codicia y los bajos impulsos. Dado que la ética afecta al deber del hombre, su responsabilidad



para con los otros, el puro resultado, el éxito observable objetivamente, no puede servir el índice de la moralidad.

Kant no pretende contraponer el deber a la felicidad (aunque no excluye tal posibilidad) o convertirle en una obligación desagradable con la cual se educara a la gente. A cualquiera le es inherente buscar su felicidad, y esta aspiración natural no tiene por que erradicarse; incluso, cada quien tiene el deber de desear ser feliz, aunque esta inclinación no debe impedir la felicidad de otros, por lo que es necesario limitarla racionalmente. La prédica de indiferencia o de aversión a los otros es incompatible con los principios humanistas de la ética de Kant. Hasta en su énfasis en el deber sin más hay un momento realista: esperar que todos en nuestras relaciones mutuas demostraremos siempre simpatía y amor es una ilusión ingenua; en cambio, es legítimo exigir la observancia del deber. Como señala atinadamente Vladimir Jankélévitch, “Nuestros deberes para con el género humano se concilian al máximo con nuestras posibilidades”.²

El *pathos* de la ética de Kant consiste en la distinción entre el deber, *como algo incondicionalmente obligado* y lo debido *como una acción que tendría que suceder en un futuro*. Cualquier acto que sacrifique la dignidad moral en el presente a nombre de un futuro mejor en aras de lo más cómodo y confortable –la injusticia hoy para alcanzar la justicia mañana, la limitación de la libertad ahora para obtener la felicidad después, la humillación en presente para obtener éxito en el futuro– es una conducta que aun está en los límites del interés y de la codicia. En el mejor de los casos es un acto legal, pero no moral; conforme al deber, pero no por el deber. Conforme al deber, según la terminología de Kant, todavía no es la moralidad sino la legalidad. La mayoría de los actos humanos son de este tipo: hago bien al otro con la expectativa de obtener de él algo útil para mí, incluso, a veces estoy dispuesto a arriesgar mi propia vida para obtener fama o merecer un reconocimiento público. En este sentido, la legalidad no es una alternativa estimativa de la moralidad y no era la intención de Kant contraponer estos dos tipos de actitudes ante la existencia humana. “La moralidad no entra en concurrencia con la legalidad, sino que supone un reforzamiento de las condiciones. El obrar moral implica en primer lugar la realización de lo moralmente recto, el cumplimiento del deber; y en segundo lugar hace del cumplimiento



del deber la motivación básica”.³ El verdadero acto moral implica el respeto a la propia dignidad y a la de los otros y se expresa en el imperativo categórico: “obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne ley universal”.⁴

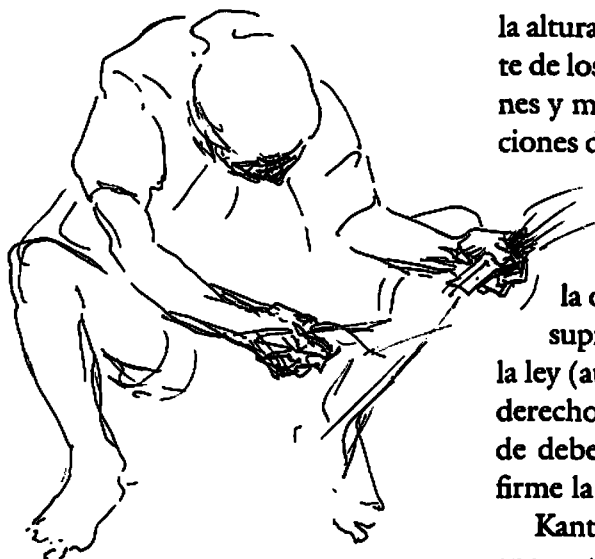
En la práctica de las relaciones cotidianas el imperativo categórico funciona como un obstáculo que dificulta la afirmación abierta del mal y nos obliga a evaluar los motivos de nuestra conducta según criterios de todos. Por ejemplo, no cualquier individuo inmoral se atreverá a desear a sus prójimos la realización de las máximas que dirigen su conducta. Hasta los cínicos empedernidos de vez en cuando se preguntan: ¿qué sucedería si todo el mundo empezara a obrar como nosotros? Por ejemplo, uno u otro promete algo que de antemano sabe que no puede cumplir. Desde el punto de vista de su interés práctico a veces es útil mentir para desembarazarse de algún lío. Y aunque, en ocasiones, deseamos la mentira ¿qué sucedería si todos los demás mintieran como nosotros? Bastaría tomar en cuenta esta razón para invalidar la pretensión de elevar la mentira al grado de ley moral. Si el deber parte de los motivos que se pueden recomendar a todos sin excepción, los motivos de prudencia, aunque sean útiles para algunas personas, no siempre tienen su justificación en la ley moral. La gente que prefiere guardar silencio acerca de los motivos, que son con-

trarios a la conciencia moral, reconoce implícitamente el carácter general de ésta.

Algunos intérpretes de la ética de Kant le reprochan el rigorismo estricto de su imperativo categórico. Pero en realidad, éste, por paradójico que parezca, está dirigido contra las exigencias severas y pretensiones rigurosas con que algunos santones acusan a los demás. Suele considerarse que el hombre para hacer buenas obras también debe tener una alma buena, esto es, purificarse de sus malas inclinaciones e impulsos egoístas. Bajo la propia conducta moral se reconocen sólo aquellos actos que derivan de un noble sentimiento interno. Esta versión de la moral se encuentra en muchos pensadores religiosos. Ellos nos incitan a realizar acciones guiándonos por los sentimientos más nobles, sublimes y magnánimos y, de esta manera, caen en la presunción de inculcarnos una bondad que no tiene necesidad de ser restringida por nuestro deber. Si, por ejemplo, alguien ayuda a otro, simplemente porque considera que es justo hacer bien al prójimo, según la opinión de tales moralistas, este alguien todavía está lejos de una virtud auténticamente cristiana y, por lo tanto, su comportamiento no es verdaderamente moral. Para ellos, una conducta moral sería aquella que se acompaña por amor a la persona a quien se le otorga la ayuda. Y esta “provocación de sentimiento” debe preceder a cada acto para que éste llegue a ser verdaderamente bueno. Por supuesto, que nadie (ni siquiera los santos) pueden soportar a largo plazo esta demanda de purificar su mundo interno y llevarlo hasta el grado de la perfección angelical. Uno no puede obligarse a no desear lo que desea ni a sentir lo que siente. La coacción de la sensibilidad, aunque sea a nombre de fines superiores, nadie la puede soportar, por lo menos mucho tiempo.

En este sentido, Kant es más condescendiente con el hombre que los predicadores del “entusiasmo moral”. Para él, la causa del mal en el ser humano no puede adscribirse a su sensibilidad o a sus inclinaciones naturales; incluso, si éstas le impiden cumplir su deber no tiene porque ser responsable de lo que le es innato. No se trata de erradicar la sensibilidad sino de limitarla y ser dueño de sí mismo. Es esta la tarea moral y objetivo de la responsabilidad del hombre guiado por el deber. ¡Hagamos lo que debamos hacer, pero que no se nos exija además la santidad interna! Kant consideraba que es suficiente no dejar que la inclinación se convierta en acto, si éste contradice a la obligación, para estar a la altura de las exigencias del deber. Nadie ha quitado tan decididamente de los sentimientos e inclinaciones los cilicios colgados por los santones y moralistas y nadie ha percibido tan tranquilamente las imperfecciones de la naturaleza humana como Immanuel Kant. El hombre puede y debe ser moral, incluso teniendo malas predisposiciones, a condición de que, conociéndolas, no les dé la posibilidad de ser encarnadas en su conducta real y, por lo tanto, les otorgue la oportunidad de desaparecer por sí mismas. Todo aquel que logre suprimir sus inclinaciones que le hubieran empujado a transgredir la ley (aunque le hubiera sacado de un desagradable asunto) tiene pleno derecho para mirarse en su mundo interno sin despreciarse. Al hombre de deber (ante cualquier desgracia que sufiera) le mantiene siempre firme la conciencia de haber conservado su dignidad.

Kant no niega que hay hombres, movidos por el altruismo, “que encuentran un placer íntimo en distribuir la alegría en torno suyo, sin





que para ello les impulse ningún movimiento de vanidad o de provecho propio, y que pueden regocijarse del contento de los demás, en cuanto que es su obra”.⁵ Pero la persona altruista se presenta en su propio mundo interior como alguien que no pide nada a nadie y que es perfectamente desinteresada, aunque, en realidad, esto no es así. Ella realiza un acto aprobado por sus convicciones morales y se queda con los beneficios del reconocimiento indirecto que, en su opinión, son los mejores. La persona caritativa hace como si el otro tuviera necesidad de recibir, pero no de dar, y esto le impide al beneficiario sentirse útil, dar algo a su vez. “Siempre necesitamos alguien que nos necesita”, pero el reconocimiento otorgado a este alguien no es siempre recíproco. Tzvetan Todorov se refiere a los relatos de los beneficiarios de la caridad que se sienten muy perplejos porque “son felices por el refuerzo de vida que reciben; pero desdichados por la debilitación de su existencia, puesto que están condenados a recibir, sin poder dar”.⁶ Es decir, a los beneficiarios les falta el sentimiento de su propia dignidad, y en cierto sentido, ellos sufren por ser una carga para los que les otorgan algún bien gratuito. Además, el altruismo, a pesar de sus buenas intenciones, puede, a veces involuntariamente, engendrar en la persona que lo practica un sentimiento de la supremacía moral y hacerle poco sensible al hecho de que cada ser humano, por generoso y magnánimo que sea, no es ni puede ser autosuficiente. El mismo interés exagerado que algunas personas piadosas muestran por los sufrimientos ajenos ¿no es un testimonio de que ellas, en cierto grado, gozan con los sufrimientos de los otros? No puede suponerse que ¿la piedad contiene algún vicio de la

bondad? Para convencernos de esta afirmación Cioran, por ejemplo, nos aconseja leer las vidas de los santos “y contemplar la voracidad con la que se precipitan sobre nuestros pecados, la nostalgia que tienen por la caída fulgurante o el remordimiento interminable; su exageración ante la mediocridad de nuestras infamias y su pesar al no tener que atormentarse más por nuestra salvación”.⁷

Por supuesto que ocuparse de las necesidades de los otros, ayudar al prójimo por razones de caridad o misericordia es nada desdeñable, la figura de Jesús sirve, en este aspecto, como un modelo ideal. Desgraciadamente, este tipo de seres humanos o no se encuentran o se encuentran rara vez, por lo que sería imposible construir la moral en la base de los sentimientos de caridad o de benevolencia. Kant tiene razón cuando afirma que no se pueden imponer estos sentimientos por mandato ni esperar de los demás un impulso espontáneo de amor o una conmiseración conmovedora por el orden. En el lugar de esta recomendación (en esencia utópica), el filósofo alemán nos aconseja “hacer el bien por el deber, aun cuando ninguna inclinación empuje a ello y hasta se oponga una aversión natural e invencible”.⁸

Como hemos dicho, Kant no niega que muchas de nuestras acciones las realicemos no por el deber, sino por la espontaneidad gozosa, por motivos de simpatía o por amor. Lo que hacemos por el deber, normalmente, no lo hacemos por amor y al revés. Necesitamos del deber cuando carecemos del amor,



de la simpatía y de la benevolencia. Savater sostiene que “el amor [...] escapa del ámbito de la moral, lo trasciende y lo aniquila. Allí donde el amor se impone, la ética no tiene prácticamente nada que decir, lo mismo que la ingeniosa pero limitada bombilla pierde toda su utilidad cuando brilla el deslumbrante sol de mediodía”.⁹ Sin embargo, en las relaciones cotidianas, sobre todo en un ámbito indiferente y hostil, el deber es lo más alto que podemos proponer. Por eso, es errónea la idea de que el deber excluye toda inclinación natural. El poeta alemán Friedrich Schiller no tuvo razón en su famoso reproche a Kant: “Sirvo a mis amigos; pero, ay, lo hago con gusto y a veces siento remordimiento de mi conciencia por ser tan poco virtuoso”. El deber presupone la propia perfección y, por consiguiente, implica el cultivo de benevolencia y simpatía. En este sentido, el imperativo categórico no exige al hombre que renuncie a sus sentimientos naturales en aras de una moralidad ascética.

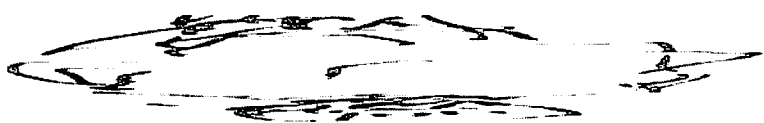
Según Kant, “el hombre, en verdad, está bastante lejos de la santidad; pero la *humanidad* de su persona tiene que serle santa”.¹⁰ En el amor, el enamorado descubre la santidad del ser amado quien, para él, significa *el fin en sí*, pero el enamorado, por cálido que sea su amor, está bastante lejos del reconocimiento de la santidad de la personalidad de todo ser humano. Nunca podemos amar a todos, ni siquiera a la mayoría de los que nos rodean, aunque, eso sí, podemos cumplir nuestro deber para con ellos. El “sol del amor”, por cálido que sea, no brilla para todos, mientras que la “bombilla del deber”, aunque no sea tan deslumbrante, puede iluminarnos a todos.

El filósofo francés Comte-Sponville afirma que “la moral es una semblanza de amor: actuar moralmente es actuar *como si* amáramos”.¹¹ Pero “como si amáramos” no es amor, sino en todo caso es un sentimiento moral específico que se llama el respeto, esto es, aquel mínimo moral que tiene que dirigir

nuestra conducta en las relaciones con los otros. Desde el punto de vista de Kant, el hombre entra en el mundo de la moral guiado no por el amor, sino por el deber (Kant a veces le llama al deber el amor *práctico* que, a diferencia del amor *patológico*, tiene su asiento no en la tierna compasión, sino en la voluntad). El filósofo alemán reconoce los móviles de la simpatía y la benevolencia, pero a condición de que no expresen simplemente nuestras inclinaciones sino que están puestas bajo el control de nuestro deber.

Quien cumple su deber nos suscita sentimiento de respeto. Por ejemplo, un líder político o un artista, dotados de talento, pudieran ser el objeto de nuestra admiración e incluso de estupefacción, y, sin embargo, no necesariamente les tenemos respeto. Y viceversa, ante alguien a quien pudiéramos superar en cuanto al talento, destreza u otras cualidades y con quien, quizá, no experimentemos ni amor ni admiración a veces sentimos todo nuestro respeto. ¿Por qué? Por la rectitud de su carácter, por la nobleza de su conducta guiada por la razón moral, responde Kant. En este sentido, el respeto es un sentimiento paradójico, ya que representa una síntesis, un “intermediario” que pertenece a la vez a la sensibilidad y a la razón. Nosotros sentimos respeto a otro (que puede ser ajeno a nuestros intereses, carácter e incluso, ser adversario) como una obligación que a veces se engendra por encima de nuestras preferencias. Es por eso, según el filósofo alemán, que “el *respeto* es un *tributo* que no podemos negar al mérito, queramos o no; aunque en todo caso podamos no manifestarlo externamente, no podemos, sin embargo, impedir que lo sintamos interiormente”.¹² El hecho de que alguien cumple su deber con nosotros, nos impone una sola obligación: el respeto.

El deber es el respeto a la ley moral que no conoce exclusiones. Precisamente por esta cualidad, el deber ennoblece a cada cual, independientemente de sus capacidades personales. Según Kant, el

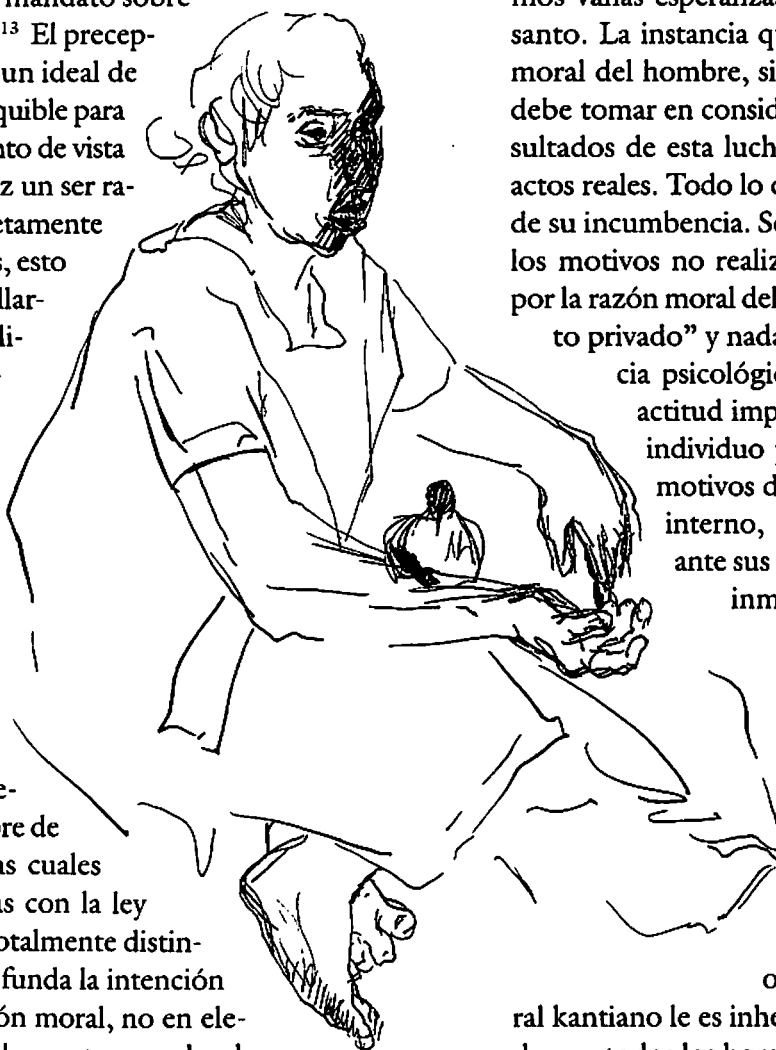


deber es la fuerza poderosa de la conciencia moral que desconoce los subterfugios de nuestro egoísmo y crea el fundamento de nuestra dignidad. De la responsabilidad moral no puede ser liberada ninguna persona que capitule ante su deber y trate de justificarse ante sí misma o ante los juicios de los otros por referencias acerca de su “naturaleza” débil o de su “carácter” declinante. La persona moral puede y debe oponerse a sus inclinaciones naturales de la misma manera que puede y debe resistir a las circunstancias externas y a las excusas, por contundentes que parezcan.

Estas consideraciones fueron la razón por la cual el filósofo alemán intervino contra la confusión de la conducta moral con el ideal de la santidad, es decir, contra el sueño de elevar la naturaleza sensorial del ser humano al nivel de la perfección angelical. Esta cuestión fue tan importante para Kant, que, a pesar de sus sentimientos religiosos, decidió someter a la crítica el precepto evangélico “amar a tu prójimo”. Según su opinión, “el amor hacia los hombres, si bien posible, no puede, empero, ser ordenado, pues no está en la facultad de ningún hombre amar a alguien sólo por mandato[...] Pues un mandato de que se deba hacer algo *con gusto* es, en sí mismo, contradictorio, porque cuando sabemos por nosotros mismos lo que estamos obligados a hacer, si además tuviéramos conciencia de hacerlo con gusto, sería un mandato sobre ello enteramente innecesario”.¹³ El precepto moral del Evangelio como un ideal de santidad es, por lo tanto, inasequible para todo ser humano. Desde el punto de vista de Kant, “si pudiese alguna vez un ser racional llegar a cumplir completamente gustoso todas las leyes morales, esto significaría tanto como no hallarse en él ni siquiera la posibilidad de un deseo que le incitase a separarse de ellas”.¹⁴ Esta suposición, sin embargo, no puede realizarse, porque cumplir las leyes siempre implica sacrificio y por tanto, es necesario la coacción sobre sí mismo, esto es, constricciones íntimas a lo que no se hace enteramente con gusto. Ya que el ser humano no es un ángel, “no puede estar nunca enteramente libre de deseos e inclinaciones[...], las cuales no concuerdan por sí mismas con la ley moral, que tiene una fuente totalmente distinta, y por consiguiente[...], se funda la intención de sus máximas en constricción moral, no en elevación espontánea, sino en el respeto, que la obser-

vancia de la ley, aun cuando ocurra de mala gana, *requiere*”.¹⁵

Al terminar la crítica del precepto evangélico, Kant afirma que la intención que obliga al hombre a cumplir la ley moral es el deber y no la inclinación gustosa de amar a su prójimo. “[...] El estado moral en que puede estar siempre (el hombre) es la virtud, es decir, la inclinación moral en la lucha y no la Santidad en supuesta posesión de una completa pureza en las intenciones de la voluntad”.¹⁶ El ser humano, por noble y bueno que sea, no es capaz de erradicar la lucha de los motivos en su mundo interno y evitar de antemano, en virtud de su “santidad espiritual”, todas las tentaciones que le empujen al mal. Pero sí puede y debe suprimirlas por medio de su razón moral cuando sea necesario. Esto quiere decir: reconozcamos al hombre tal como es, pero exijámosle reivindicaciones más altas, y si las cumple no acariciemos vanas esperanzas de convertirlo en santo. La instancia que juzga el aspecto moral del hombre, si pretende ser justa, debe tomar en consideración sólo los resultados de esta lucha plasmados en los actos reales. Todo lo demás, no es asunto de su incumbencia. Según el juicio justo, los motivos no realizados o suprimidos por la razón moral del sujeto, es su “asunto privado” y nada más. Esta tolerancia psicológica derivada de una actitud imparcial, le permite al individuo poner en orden los motivos de su propio mundo interno, liberarse del temor ante sus propias “tendencias inmorales”, de sospechas patológicas y autoflagelaciones masoquistas. Además, esta tolerancia le da la posibilidad de guiarse por la imparcialidad en sus relaciones con los otros. Al sujeto moral kantiano le es inherente la convicción de que todos los hombres, con diferentes



predisposiciones y tendencias internas, son capaces de cumplir sus deberes, por consiguiente, ningún conocimiento preventivo sobre su “naturaleza” puede ser la razón para predecir sus actos futuros. La división de los hombres en “dignos” y “no dignos” de confianza, según su esencia, es una operación que sale de los límites de la razón práctica.

El pensador alemán considera que la razón moral no es un instrumento ventajista ni convenenciero, es, sobre todo, nuestro legislador interno cuyas órdenes nos liberan de la sumisión ciega a las demandas externas y a los impulsos internos. Sólo en la medida en que el individuo logre tomar conciencia de estas órdenes y pueda someter sus impulsos y pasiones al control de su razón (esto es, “darse ley a sí mismo”) podrá oponerse al dominio de la voluntad ajena, elevada al rango de ley. El sujeto moral de Kant lucha no sólo contra la corrupción y perversión, como le conviene a cualquier moralista ordinario, sino contra la falta de derechos bajo la máscara del derecho, contra la injusticia bajo la máscara de justicia. No es un promotor de costumbres estrictas, sino un defensor de las relaciones basadas en el reconocimiento mutuo de la dignidad. La misma lucha contra la corrupción y depravación es posible sólo en este terreno. Las inclinaciones inmorales podrán ser eliminadas en la medida en que se desarrolle el respeto a la ley moral, el reconocimiento al deber y la propia dignidad de cada cual.

El deber presupone la lucha contra aquellas inclinaciones que contradicen la ley moral. A diferencia de los derechos que, según Jankélévitch, son un más que un menos, los deberes son un menos que un más. “Y, ante todo, un menos: ya que sus áridas e ingratas tareas exigen el sacrificio de mi interés propio y se deducen de mi tiempo de placer y de mi libertad. Tus derechos retornan a ti, te pertenecen, pero su defensa me incumbe a mí y, bajo esta forma, constituyen lo más sagrado de mis deberes”.¹⁷ El hombre de deber no trabaja simplemente para justificar su propio interés, sino, además, para defender los derechos de los otros y, por lo tanto, el derecho de ser reconocido por los otros, esto es, el derecho a su propia dignidad.○

Mijail Malishev. Doctor en Filosofía. Autor de, entre otros títulos, *Antología de la filosofía política y Entre vivencias e ideales*. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I. Actualmente es Profesor/Investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM.



- 1 Immanuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Crítica de la razón práctica. La paz perpetua*, Porrúa, México, 1995, pp. 32-33.
- 2 Vladimir Jankélévitch, *La paradoja de la moral*, Tusquets, Barcelona, 1983, p. 93.
- 3 Otfried Hoffe, *Immanuel Kant*, Herder, Barcelona, 1986, p. 170.
- 4 Immanuel Kant, *Op. cit.*, p. 39.
- 5 *Ibid.*, p. 24.
- 6 Tzvetan Todorov, *La vida en común*, Taurus, Madrid, 1995, p. 153.
- 7 E. M. Cioran, *Historia y utopía*, Tusquets, Barcelona, 1988, p. 97.
- 8 Immanuel Kant, *Op. cit.*, p. 25.
- 9 Fernando Savater, *Misterios gozosos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1995, p. 153.
- 10 Immanuel Kant, *Op. cit.*, pp. 151-152.
- 11 Andrés Comte-Sponville, *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995, p. 227.
- 12 Immanuel Kant, *Op. cit.*, p. 145.
- 13 *Ibid.*, p. 149.
- 14 *Idem.*
- 15 *Idem.*
- 16 *Ibid.*, p. 150.
- 17 Vladimir Jankélévitch, *Op. cit.*, p. 231.